Conversación con Karessa Malaya: poesía y migración

Hola, ¿qué tal?, queridos amigos de Carruaje de Pájaros Mi nombre es Manuel Iris y hoy tendré el enorme gusto de ofrecerles a todos estos radioescuchas una entrevista con una poeta española que yo conocí hace casi exactamente un año en Madrid. Su nombre es Karessa, Karessa Malaya. Ella es una poeta que actualmente radica y escribe en Madrid, pero cuya historia de migración ahora mismo nos va a contar. Es una poeta que cuando la conocí me sorprendió mucho por la manera en la que, en un evento, ella interactuaba con el público. Su lectura de poemas no era solo una lectura, sino una especie de diálogo entre la poesía y las artes visuales, pero también un diálogo con el público asistente. Yo recuerdo desde ese momento que me impactó mucho el trabajo y la presencia misma de Karessa y, desde ahí, comenzamos un diálogo que ahora por fin podemos tener para ofrecerle a todos nuestros escuchas y lectores de Carruaje de Pájaros.

Karessa, bienvenida. Muchas gracias por estar con nosotros.

Hola, buenas tardes para ti, Manuel. ¿Cómo estás?

Súper encantado de platicar contigo, Karessa.

Gracias por el espacio y por el tiempo.

Mira, Karessa, para no hacer más misterio a la gente que nos está escuchando, yo les he dicho que tu historia de migración es interesante y creo que no hay manera de que se imaginen cómo. Dinos tú de dónde a dónde fuiste, cómo y en qué momento comenzó tu carrera vital y tu carrera poética.

Vale, pues te cuento que desde que nací, prácticamente, nos hemos ido siempre migrando, porque por el trabajo de mi madre nunca nos habíamos quedado en una misma provincia, en una misma isla de Filipinas (yo soy de origen filipino). Nunca nos habíamos quedado por más de tres o cuatro años, siempre nos estábamos moviendo. Entonces, en mí el tema de las mudanzas, cambio de ambiente, incluso cambio de idioma, lo tomaba como parte de la vida.

Pero a los diecisiete años mis padres –mi madre y mi padrastro, que es español– tomaron la decisión de abrir las puertas a Karessa a Europa, para tener mejor vida, tener mejor educación, y movieron cielo y tierra para para que se hiciera realidad ese proyecto de

migración. Lo organizaron para que cuando hubiera terminado segundo de secundaria (sería como Sophomore *en Estados Unidos) me pudiera ir a España para hacer el equivalente a* Junior High*, seguir con* Senior High *y luego hacer lo que entonces se llamaba selectividad, que es la prueba de final de secundaria para entrar a la universidad.*

Realmente fue un plan para mí súper bien pensado: me iba a dar tiempo para acostumbrarme al sistema educativo, al idioma, a la sociedad –sobre todo al idioma, porque yo no hablaba nada de español antes de venir–. Entonces, con quince años, que es cuando hacíamos Junior High *en filipinas, vine y me metieron en un colegio concertado. Fue una locura porque antes de eso me dieron la oportunidad de asistir a una academia de idiomas y estuve un verano aprendiendo lo básico, lo más básico. Lo suficiente como para que si me perdiera en la ciudad pudiera preguntar por el bus, el número, ese tipo de cosas, y también me dio un poco más de herramientas para poder disfrutar de la cultura, canciones, algunas lecturas, algunos programas de la televisión.*

Pero, aun así, con quince años, con un verano de estudios del idioma, fue muy difícil: fue una locura de año (porque yo siendo como asiática, lo que llamamos estándar de excelencia en el hogar, siendo también la hermana mayor, se exigía un poquito más). Era Honor Student *en Filipinas, siempre dentro del top cinco de la clase; no era nerd, pero bueno.*

Pero tu familia esperaba que tú tuvieras esa misma clase de excelencia en un idioma nuevo, en un país nuevo, después de un verano.

No lo decían, pero era como "¡Jo, sería maravilloso!: imagínate todo lo que logra, sin español, y seguro que te adaptas enseguida, porque a ti se te dan bien los idiomas". Y claro, yo en ese momento lo tomaba –y seguramente la intención era– para animarme. Pero era una real presión, una verdadera y literal presión. Entonces yo qué hacía, Manuel: llegaban los exámenes y memorizaba los capítulos de los libros porque no tenía herramientas. Yo podía asimilar y sabía leer y entendía y había muchos conceptos que yo ya me sabía de las clases que tomaba en Filipinas, porque yo tenía un buen nivel en varias materias, varias asignaturas; algunas cosas eran traducir en mi mente y tenerlas asimiladas. Pero a la hora de yo explicar, imagínate, el sistema respiratorio, no es lo mismo.

En Filipinas yo venía de hablar inglés nivel nativo, porque en Filipinas todo es en inglés. [En Filipinas están] la lingua franca, que es el tagalo, y el inglés. Yo hablaba inglés mejor

que cualquier persona en el colegio aquí en España. Pero, ¿cómo traducir eso en español [el sistema respiratorio]? Pues you stutter*, estás como* tong tied*. No sabes y no tienes la agilidad mental, y eso fue muy frustrante.*

Porque además estabas traduciendo de un segundo idioma a un tercero.

Claro, estudiar en aquella época era tener un diccionario del uso del español, un diccionario inglés-español y un tesauro inglés-inglés (en un intento desesperado de no sonar como un loro repitiendo el libro, intentas ampliar también tu vocabulario). Siempre he tenido esa relación de mucho respeto y mucho cariño a las palabras. Me frustraba muchísimo, Manuel, porque venía de Filipinas, formaba parte del club de debate, era best in english*: todo lo que fuera comunicar –sea por escrito, sea hablado. Era una de las representantes del cole en concursos de discursos improvisados,* extemporaneous speech*. Sí, oratoria. Imagínate: me daban un tema, dos palabras, un término, un título; me daban quince minutos y yo podía desarrollar un* speech *de dos minutos sobre ese tema con catorce años.*

Claro, al llegar a España, después, con quince años, y quedarte huérfana de todas tus herramientas de supervivencia (además, que yo hacía medio bullying: te crece un poco la cabeza, cuando ves que tienes poder en las manos); llegar aquí a España, ya de por sí vulnerabilizada por mi racialización, por todo lo que puede significar ser la niña asiática, marrón, en una clase totalmente blanca (porque eran todos blancos en un pueblo así de clase media-alta en las afueras de Madrid), y luego verte sin tu mayor herramienta: es como si a un guerrero se le rompiera la espada. Es como: ¡dios!, nada: frustrante, frustrante.

Pero seguía sacando buenas notas, salvo en educación física. Porque claro, la educación física aquí no tiene nada que ver: en Filipinas la educación física era baile, cosas divertidas, algún que otro partido de voleibol.

¿En España qué es la educación física?

En España la educación física es pruebas de resistencia, velocidad –como muy colonial, todo muy occidental. No se lo pasan bien (se lo pasan bien porque compiten, pero es todo muy individualista). En Filipinas la educación física es, si tienes un baile (teníamos un año que eran bailes de salón), entonces bailas en pareja o bailas en grupo, haces como jazz o hip-hop, y hay algo, un sentido colectivo ahí que se entiende. Para mí eso también me afectó porque añadió a ese factor de aislamiento la forma de llevar aquí la vida de estudiantes.

Y bueno, terminé el año, la verdad, muy bien. Buenísimas notas, he sacado mejor nota que la mayoría de los compas, y llega la hora de matricularse al último año de secundaria antes de hacer la selectividad: ¿qué pasa, Manuel? Que no me quieren admitir.

¿Por qué?

No me quisieron admitir porque, según, (ahí entra lo que yo siempre llamo el racismo institucional, porque no tiene otro nombre) el Ministerio de Educación no quiso aprobar mi promoción hacia el Senior Year *en esa época, porque no había hecho el número de años escolares requeridos antes de llegar a [esa instancia]. Había una regla, una ley que ponía que después de diez años escolares (o sea, [*Senior High*] se consigue después de haber estado matriculado diez años en educación obligatoria) y yo había hecho solo ocho porque el sistema en Filipinas es diferente, y solo contabilizaron ocho y no me dejaron pasar, aún con las notas.*

*Entonces, había dos formas: si quería seguir estudiando en España con dieciséis años después de haber cursado tercero de [*Junior High*], podía* go back, *dos cursos atrás, y luego hacer otra vez todo el recorrido hasta llegar a [*Senior High*], o aprobar un examen de altas capacidades, una prueba de si era super botada. Y yo, con mi gallardía, pues digo voy a probar a hacer el examen de altas capacidades. Yo no me iba a poner otra vez con los de trece años, y con mi ego de que: "yo he estudiado, he sacado la mejor nota, cómo me hacéis esto". Y no poder expresarlo en español –porque no lo podía expresar en español– era como* damn. *Me metieron con la psicóloga a hacer el test de altas capacidades y me la hicieron en español (igual soy genial, ¡pero en inglés!). Empezaron a preguntar cosas que yo dudo que la mitad del profesorado del cole… –ya estoy exagerando, por la frustración y por la rabia, pero yo digo: cómo hacen esto, qué frustración, qué mal.*

Sí, los sistemas educativos no están preparados para la diferencia. Yo me doy cuenta ahora viviendo en Estados Unidos, con estudiantes que vienen de otros países, a veces. Me doy cuenta de que el sistema educativo gringo (pero estoy seguro de que el mexicano es igual, aunque yo no tuve muchos compañeros extranjeros para decirte la verdad), de que como el sistema no está pensado para los otros, para la otredad, no saben cómo responder. En este caso, no había flexibilidad alguna contigo, lo cual es ridículo.

Pero, ¿cuál fue el final de esa historia, Karessa? ¿Qué pasó?

La solución fue que gracias a que mis padres pudieron sostener esa situación, dijeron: "mira, Karessa, te vuelves a filipinas, terminas la secundaria y haces la selectividad. Ahí como ya has terminado secundaria simplemente se convalida esa nota y haces la selectividad y ya". Entonces hicimos eso: volví a Filipinas, me volví a ver con mis amigos, el mismo cole, gradué con muy buenas notas y te dan la selectividad en Filipinas también y súper contenta y tal. Luego volví a España.

No me voy a olvidar nunca, porque fue el año de las torres gemelas y de la selectividad en junio. Era como: "pero ¡qué es esto, qué exámenes, esto qué es, una matriz!, ¡qué es esto!". No sabía nada: saqué un cero en matemáticas (obviamente por muy altas notas que haya sacado en inglés, que saqué un nueve en física, y química, que saqué un ocho con cinco, si sacas un cero en una asignatura es que ni te van a mirar la nota). Me metieron en una academia, me volví a presentar en septiembre y ahí sí que saqué suficiente nota como para hacer el curso que yo quería. Al final ya ahí sí que me quedé, y ahí sí que dream come true *de cursar la universidad aquí en España.*

Negociando con mis padres llegamos a la conclusión de que puedo hacer Económicas, porque no quería tener Económicas. Pero era un término medio que podía llegar con mi madre: yo quería hacer periodismo, si no, arte dramático, y si no, derecho; y mi madre: "te vas a acabar en la calle con cualquiera de esos cursos Y yo no te voy a sostener una vida forever*, así que busca otra lista". Rehicimos el formulario de solicitud de carrera y nada, Económicas. Ahí sí que aprendí español –¡juepucha, ay madre! – y fue más divertido, porque poco a poco adquirí más herramientas y, claro, al tener que forzar el cerebro a comprender otros temas que no sea solo para ocio, para entretenimiento, como que se ve ahí la plasticidad del cerebro joven, porque con diecisiete años no es lo mismo que con cuarenta. Ahí fue ya la puerta de entrada a la vida de migrante aquí en España.*

Pero, entonces, ¿en qué momento la poesía llegó a tu vida? ¿Tú ya la traías desde Filipinas, desde antes del primer viaje, o fue una vocación que tú te encontraste en España? Tú comenzaste a escribir ¿en qué idioma?, ¿en inglés, en tagalo, en español? ¿De dónde sale la Karessa que yo conocí, en qué momento comenzó a gestarse?

A mí siempre me había gustado leer, Manuel. Mi madre es una madre soltera. Me crio una madre soltera con sus miedos, con su forma de ver la vida y su forma de protegerme. Entonces me compró muchos libros: no me dejaba salir mucho, pero me consintió mucho en cuanto a la lectura; no tanto cine, no tanto música, que también, pero mucha, mucha, mucha lectura. Y en inglés, más en inglés. Estaba como: "aprende inglés, aprende, dale, lee esto, lee lo otro", y de tanto leer, dije: igual yo también puedo escribir. Fue leer a Anne Frank, el diario, que empecé a escribir también en mi diario, en inglés, y empecé también a aventurar un poco en poesía.

En Filipinas teníamos una asignatura (en inglés tenemos Literature *y* Grammar*),* Literature*, que hay una parte de* Creative Writing*, y tenías una hora y media, dos horas a la semana, que puedes componer ensayos, poesía, y me gustó. Dije: "wow, esto es una forma de jugar con las palabras", y ahí fue, con diez años, empecé a escribir en un diario, empecé con un primer poema, con los primeros relatos cortos, todo en inglés. Así que al llegar aquí, en España, empecé a leer libros que había en casa de mis abuelos, poesía (la primera vez que leí a Lorca, a Becker, había versos que sí que me llegaban, pero era como: "qué frío es este idioma, qué formal, qué distante". Yo no soy así, yo no me identificaba con esto. Pero en la preparación de selectividad, cuando tuve una suerte, que la que nos preparaba literatura y gramática española [era] una tía muy preparada y muy abierta, ahí conocí a nuestros compas Benedetti, Galeano…*

Claro, en Latinoamérica, en otro español.

Exacto. Yo leí eso, yo leí el Buzón de tiempo *de Benedetti y casi se me salían las lágrimas y yo: "¡ostras! ¡Entiendo español!". Hay otra forma de hablar este idioma y hay otra forma de vivir.*

Hay otra sensibilidad dentro de este idioma.

*Exacto. Hay otra forma de decir las cosas. Ahí ya, años después del máster, haciendo las prácticas del máster, cuando me fui a Colombia por las prácticas, ahí ya me volví loca. Lo que es el vocabulario tan expandido que tienen: mil maneras de decir bonito, mil maneras de decir de nada, mil maneras de describir el gozo que sientes cuando comes. Hay otra forma de vivir en un idioma, de enamorarte, de admirar, de frustrarte. Fue como: "*okey, now we´re talking*".*

Eso que dices tú, esa relación con el español de España, que se siente a veces distante, creo que le hemos sentido todos los latinoamericanos cuando leemos o escuchamos el español de España en algún momento. Claro, hay muchos españoles de España, cada región tiene sus formas y hay unas que se sienten más cerca de otras, pero en español, digamos, oficial, ese que se nos aparece en muchas traducciones, sí nos da alguna distancia. Y no estoy hablando solamente de la distancia de otro país, porque, por ejemplo, nos pasa igual en México: uno lee a un poeta cubano, o uno lee a un poeta venezolano, o uno lee a un poeta colombiano, y hay una cercanía distinta, aún a pesar del mismo idioma, que con un español.

Yo creo que tú y yo estamos hablando en este idioma, precisamente, porque venimos de dos países colonizados por España. Venimos de dos países a los que España intervino. Eso hace que tu trabajo se comunique, que yo sienta que puedo comunicarme con tu trabajo, no solamente por ser el mismo idioma, sino porque hay mucho de la misma historia. Yo te veo a los ojos de migrante a migrante, ¿no?

No hay subtítulos necesarios.

Total, exactamente.

No hace falta traducir, nos entendemos.

No hace falta. Exacto, no hace falta explicarte porque lo estoy leyendo. Pero, entonces, ¿en qué momento se hizo el cambio de la escritura en inglés al español? Y ¿en qué momento llegan las otras artes? Porque tú también haces arte visual y haces otras cosas.

Sí. En la universidad empecé leyendo Benedetti, Allende, Galeano, siempre el trío de mi juventud. Empecé yo también a decir: "bueno, pues voy a empezar a expresarme así". Y empecé con mis intentos de los primeros poemas hablando de la nostalgia, de la gente que dejas allá, los típicos temas que tratábamos, comparando las vivencias aquí y allá, lo que te falta, lo que te sobra. Pero no lo pude desarrollar mucho porque estaba muy obsesionada con terminar la carrera y volverme a Filipinas.

Ah, tu intención era volver: estudiar en España y regresar.

Sí. Y claro, mis padres: "¿y a qué has venido a España?" Y yo: "es que no me habéis preguntado si quería venir a España. Así que os voy a complacer y luego hago mi vida". Y mi madre: "haz lo que te dé la gana".

El karma es así, porque luego terminé, terminé bien, y me enamoré, Manuel, no se puede decir otra cosa. Me enamoré del padre de mi hijo y todos los planes cambiaron. Así que nada, ahí se paró todo. Cuando digo que se paró todo, no se paró la lectura, pero ya dejé de escribir (no sé si es que había una verdad ahí que yo estaba intentando evitar, si me sentía culpable para con la escritura. Es como hacer un ghosting *a un amigo y no sabes cómo volver. Así era como yo lo sentía: cada vez que me enfrentaba a mi diario, y yo: "¿qué le cuento mi diario ahora si la última vez que escribí fue hace un año?", "¿le tengo que contar todo lo que ha pasado?". Por esta carga de culpabilidad lo había dejado).*

Realmente volví a full *con esto [la escritura] con el divorcio. Estuve con el papá de mi hijo trece años y cuando nos divorciamos se me liberó, como cuando haces una limpieza y dices: "¡guau, puedo ver, puedo respirar, puedo sentir!", y ver qué había detrás de esas estanterías que se habían vaciado. Detrás había todo ese cúmulo de sentimientos, de nostalgia, de recuerdos, de sanación necesaria. Ya habían pasado más de veinte años desde que yo empecé a escribir mi primer diario en español, y mi primer poema en español, y me di cuenta que ya tenía herramientas. Y ya tenía otra mentalidad también.*

Fue después de todo ese proceso que llegó el español a tu escritura creativa.

Sí, me apunté a un taller de escritura. De escritura peligrosa, Dangerous Writing*, inspirado por Tom Spanbauer.*

Yo he leído biografías tuyas donde te describes a ti misma como una escritora peligrosa.

La gente de España se piensa que es marketing y yo: "no, que de verdad existe" (me he sentido así porque fue lo que me salvó la vida, ese estilo de escribir).

Claro que había que hacer una traducción y una adaptación de ese estilo de escritura porque el español, les encantan las frases largas. Y el inglés es como más pah-pah-pah*. Incluso ese juego me gustó. Y luego también empecé a jugar, Manuel, con el hecho de que yo no tengo por qué hablar perfecto ni escribir perfecto: puedo jugar con ese* gap*, ese* lag*, o las confusiones que tengo. Empecé a explorar la escritura desde esa parte, desde mi verdad,*

desde mi experiencia personal, de cuando yo decía: "no, claro, es que la aspirina es un vascodilatador" (y mi ex suegra en plan "¿qué es un vascodilatador, Karessa?". Que, bueno, de vascular, ¿no? "¡Vaso!, ¡vasodilatador!": se pensaba que yo estaba hablando de un juguete sexual o algo así). Entonces, [desde] esa parte de juego, dije: pues qué tengo que perder.

Karessa, tengo una pregunta: en tu práctica creativa, ¿a ti te da igual escribir en un idioma que otro? ¿O los poemas llegan a ti en determinado idioma? ¿O hay cosas que tienen que ser expresadas en ese idioma y luego te traduces?

Yo, por ejemplo, hasta el momento solo he podido escribir poesía en español y luego me traduzco al inglés. Hay dos poemas solamente que han venido en inglés primero para mí y que tienen que ver con los *School Shootings*, que es una cosa muy específica de la cultura americana, y esos poemas llegaron para mí en inglés –y después fue un problema traducirlos al español–. Pero en tu caso, cuando hay todavía más idiomas y hay un mundo y una vida que se desarrolló en España, que es la de tu hijo, y que después del nacimiento de tu hijo y después de que se rompe esta relación, después todo eso queda como fijo en ti. Estoy tratando de entender esto: queda como fijo en ti el idioma y empiezas a escribir en español, además como escritora peligrosa. Y, sin embargo, no se desdice tu historia con el idioma inglés, ni se desdice tu historia con el tagalo. Entonces, ¿cómo llegan a ti hoy los poemas? ¿Llegan en un idioma o llegan conceptos que después tú vas vistiendo de palabras? ¿Cómo son?

Depende del momento. Hablemos de lo pragmático: cuando me piden una colaboración con algo, me invitan a escribir en un espacio dirigido a un público, pues dependiendo de ese espacio, del público y del objetivo de esa colaboración me viene en un idioma u otro. Pero la nostalgia más profunda la puedo enfrentar en español. Sólo lo puedo hacer en español. Hay algo, siempre digo que como no me habían hecho suficiente daño en español, porque como el tiempo que llevaba hablando en español todavía no era el mismo que yo hablaba [tagalo] (siempre voy a hablar más tagalo que español o que inglés, porque lo hablo con mi madre, conmigo misma, a veces escribo en tagalo), entonces es como que toda mi vida se ha desarrollado en tagalo y en inglés y luego a partir de cierto momento empezó el español. Hay como un margen para expresarme en español porque no me trae tantos recuerdos.

Cuando uso esa palabra [en tagalo o en inglés] me recuerda a la primera vez que la escuché, que fue dolorosa, que fue ligada a que me estaban haciendo bullying sobre el color de mi piel o bullying por ser hija de padres separados, etcétera, como un set de vocabulario en inglés y en tagalo relacionado con mucho dolor, con muchos traumas. Como en español no lo había vivido de esa forma, he ido descubriendo cómo se describe cada emoción o cada experiencia, y tenía que buscar en los tesauros, hablando, pero no tenía que vivir las palabras. Entonces todo lo profundo, todo lo más doloroso, todo eso que requiere mayor sanación, solo en español. Si hay momentos en que me sale en tagalo, es más codificado, y en inglés también: más codificado.

No es mi estilo ser directamente reivindicativa en mis poemas (he empezado a leer tu libro, Manuel, y he visto que, salvando distancias, porque tú ya llevas tu trayectoria, eso de usar la metáfora para hablar, no ser tan reivindicativo en tu forma de expresarte a través de la poesía, me identifico con esa forma de escribir). Pero si lo hago en inglés o en tagalo, es mucho más codificado, como que ahí sí tienes que saber de mi infancia, de lo que estoy hablando. Y mientras tanto, si no sabes nada de mi infancia, de lo que me ha provocado este poema en tagalo o en inglés, pues siéntete libre de apropiártelo de la forma que quieras.

En español está más claro lo que quiero decir. Como no he estudiado lingüística no tengo…

Claro, eres más libre porque no se te impusieron esas reglas desde el principio.

Exacto. Entonces sí me salen poemas en tagalo según el momento, también en inglés. Si es poesía, si me viene en un idioma o en otro, guay, pero es verdad que en español lo miro más, hay un esto de la impostora que lo mira más: lo recito en alto a ver cómo suena, a ver el ritmo, si me satisface, si me suena bien, porque yo sé que la traducción directa del inglés o del tagalo ya no va a sonar lo mismo. Si yo por ejemplo digo: "venga, voy a hacer algo por sílabas", pues ya se me rompe en el español, porque las palabras son más largas y entonces hay que hacer otra cosa, hay que decirlo de otra forma. También me gusta, pero es verdad que tengo esa limitación de que me acobarda, a veces, escribir en mis idiomas maternos sobre los sentimientos y lo que hay más profundo de mí.

Parece súper interesante todo este proceso que dices y ahora yo te preguntaría: ¿dónde te ves tú? Y eso quizás nadie tiene que ver, dónde te van poner, porque tu poesía, lo que tú haces, es parte de la literatura filipina tanto como es parte de la literatura española. Porque tendrá

que hablarse de la literatura filipina del exilio, literatura filipina en otros idiomas (que hay un éxodo, hay poetas que escriben en Estados Unidos, en inglés, que están hablando de su herencia filipina). Tiene que haberlos en otros países, ¿has pensado en eso o es algo que no te ocupa? ¿Dónde ponerte? ¿A dónde pertenecer?, todo eso.

La verdad es que ahora mismo mi vida está tan atada a la de mi hijo, que es todavía peque, que solo siento agradecimiento a la vida por estos momentos que me da la oportunidad de poder ejercer como escritora. Y no lo pienso mucho, quizás, también, por cobardía, por tener que enfrentarme a una realidad, que quizás no me vaya a gustar (porque, a decir verdad, cuando mi hijo cumpla los dieciocho años, saber que ya no tengo esa [zona de confort], porque ahora mismo estamos en custodia compartida su padre y yo, estamos divorciados y estamos en custodia compartida hasta los dieciocho años del niño). Estoy ahora mismo en una forma de confort.

De eso quedan como diez años.

Exacto. Son como diez años de: "vale, yo estoy aquí, me puedo organizar de tal forma, tengo una semana libre para hacer mi arte". Ahí fue cuando empecé con la fotografía, porque tenía más tiempo, más margen para complementar mi poesía con la fotografía. Entonces digo: "me voy a dejar llevar". Ahora mismo como estoy más cómoda con cómo está yendo mi relación con la escritura, me he convertido poliamorosa con la fotografía y todas esas lagunas que dejan las traducciones las intento complementar con la imagen.

En tagalo, y tú dirás: "bueno, Karessa, el ochenta por ciento de la comunicación se hace con comunicación no verbal", pero en tagalo, en Filipinas, realmente es así (para que lo entiendas, perdón, un paréntesis: es como cuando éramos pequeños, pedías permiso de la mamá o del papá: "pueden salir, pregúntaselo a tu padre"; "pero es que no sé cómo estará, qué mudo está"; "pues siéntelo". Hay un término: [dice el término en tagalo], que es como: "ve a sentirlo". Y eso lo sabemos hacer porque tú observas, ves la vibra que hay y entonces más o menos intuyes si es el momento de pedirle permiso o no). Ese nivel de sutileza tenemos en nuestro idioma. A veces dices una cosa, pero luego según cómo te mira o el tono de voz, quizás significa otra, quizás significa lo contrario. Y todo eso no se puede capturar en español porque es diferente la cultura aquí. Entonces intento que con la fotografía sea.

Como todas esas cosas me vienen por sorpresa, por regalo, intento no ponerme planes. Obviamente hay anhelos, hay deseos, pero de ahí a atrever a verme, todavía no me atrevo. Porque, Manuel, qué pasa si todo esto es un sueño y me despierto delante de un maldito excel de activos y pasivos: ¡no!

Claro, claro. Ojalá y no. Esta conversación yo creo que a la gente, que ahora va a valer tus poemas, que están en este mismo post, les ayudará para dar cuenta de la historia detrás de la historia, de que hay carne detrás de esas palabras. Además, para saber de la existencia de una poeta española, que es también una poeta filipina.

Estamos muy contentos en Carruaje de Pájaros de recibirte, Karessa: esta es tu casa. Esperamos que en algún momento te podamos tener físicamente en México haciendo las cosas que tú haces. No quiero decir solamente leyendo poemas porque tú haces mucho más que leer poemas: proyectas imágenes…

¡Como empanadas, Manuel!

¡Comes empanadas!, haces muchas cosas que yo no había visto en una lectura. Y te quiero agradecer muchísimo por estos más de cuarenta minutos que hemos llevado platicando acerca de ti, de tu obra (válgase la redundancia, porque yo creo que tú eres tu obra y que tu obra eres tú). De verdad yo espero que este diálogo se continúe y se amplíe más tarde. No tengo más que agradecerte mucho y que felicitarte por todas las veces que has logrado conquistar la poesía en diferentes idiomas, todas las veces que te has recuperado y que te has reconstruido y que has logrado la alquimia de convertir la adversidad en belleza. Al final eso es lo que hace un artista y te lo agradezco mucho, Karessa.

De verdad muchísimas gracias, Manuel. Desde que te escuché, tu poesía me ha llegado y digo: "¡Oh! ¡Qué guay!", porque por primera vez me he sentido acompañada. Ya te digo, salvadas las distancias, pero por el estilo, por esa sutileza que tienes, cuando empezamos a hablar, veo que realmente hay esa conexión que tú dices por haber sido hijes de antigua colonia. Tiene que haber ahí algo qué sanar y que lo estamos sanando para nosotres, para con nuestres hijes.

Gracias por invitarme a caminar contigo y en esta ocasión con Carruaje de Pájaros, es un honor. He leído el nivel de los compas ahí y es como: "¡wow! ¡Qué guay!". Ojalá se lea más filipines en español porque el mundo [se] está perdiendo un montón al no entender nuestro

sentido del humor. Pero de verdad, ojalá, porque hay mucho talento, hay muchas ganas. A ver si con esto podemos invitar a más compas, a más hermanes también. Gracias por todo.

Así es. Un abrazo muy grande. Y pues nada, queridos amigos, aquí tenemos esta bellísima conversación –gracias a ella únicamente– con Karessa Malaya.

Ahora, por favor, continúen leyendo esos poemas que son, de verdad, algo notable.